

La organización

Publicado en el *Boletín del Instituto Riva Agüero*, 3, 1956-57, págs. 69-74.

La desinencia o morfema castellano *-ización* substantiviza la acción señalada por el verbo de la misma raíz que tiene la desinencia castellano *-izar*. Así “organización” es la “acción o efecto de organizar u organizarse”. Ahora bien, esta desinencia *-izar*, mejor *-izo* (en la primera persona del singular del presente indicativo) no es morfema de escaso abolengo: débese él –en palabras de origen griego– al morfema griego *ίζω* propio de la primera persona del singular del presente de indicativo activo, como se puede observar en *κατηγίζω*, instruyó: *πολεμίζω*; polemizo; y *χριστιανίζω*, cristianizo. A semejanza de estos verbos griegos, se han creado en castellano otros, de raíz helénica pero que no existían en esa lengua, como “analizo”, “cristalizo” y nuestro “organizo”.

¿Y qué se quiere decir con esta desinencia *-izo*? ¿Tiene ella la misma significativa en griego y en castellano? Veamos tres ejemplos de representativos en cada lengua: *νόμιζω* es reconocer por constumbre (*νόμος*); *κτηατίζω* es tener u ob-tener propiedades (*κτηατα*); y *οίκίζω* es hacer una casa (*οίκος*). Como vemos, en el primer caso, la vinculación entre la idea del verbo terminado en *-ίζω* y la de la palabra primitiva es más bien laxa. En el segundo caso, el vínculo se aprieta: se expresa una tenencia del significado por la palabra primitiva. En tercer caso, el verbo indica la realización de aquello que significa la palabra primitiva.

En castellano “personalizar” es referirse a personas; “formalizar” es dar forma; y “paternizar” es hacer patente. Observamos también aquí una creciente intensidad en el vínculo entre el contenido del verbo terminado en *-izo* y el de la palabra primitiva. En ambas lenguas esta vinculación culmina en verbos que indican la realización de lo que la raíz expresa, un hacer que convierte en realidad a la idea de la palabra primitiva. De allí que extrañe la pobreza de la definición que da la Academia del verbo “organizar” al cual nos remite el artículo “organización”. “Organizar” es, según ella, “disponer el órgano para que esté acorde y templado”. El verbo se refiere aquí al instrumento musical e indica una determinada manipulación para mejorar su funcionamiento. En sentido figurado, “organizar” tiene, según la misma

Academia, el de “establecer o reformar una cosa, sujetando a reglas el número, orden, armonía y dependencia de las partes que la componen o han de componerla”. Nada se nos dice aquí de “órgano”. Y difícil es comprender cómo del ajustar cañones se ha de pasar, por la figuración, a la complicada labor que describe la autoridad máxima del idioma. ¿No tendrá el verbo “organizar” un sentido recto (quizá olvidado o encubierto) al lado del que disfruta en la profesión de constructores y afinadores de instrumentos musicales?

¿Qué significa órgano?

Όργανον tiene la misma raíz que *έρον* (*werk, work*), que significa acción, acto, obra. “Órgano” es aquello de lo cual uno se sirve para la acción, aquello de lo cual nos valemos, o con lo cual nos ayudamos, para una obra. Órgano es necesariamente un medio para algo, cuya realización facilita o posibilita.

Se puede emplear como medio para una acción a un hombre (así hablamos de “acusar por órgano del fiscal”) o una cosa, una cosa que accidentalmente sirve a un efecto o una cosa hecha especialmente para un fin deseado. Una cosa con que, gracias a un esfuerzo de ingenio, tenemos el poder –la *potencia*– de hacer algo, recibe en griego el nombre de *μηχανή* (palabra en la que va invivita la idea de *μηχανάω* –ingeniarse– y la raíz gótica *mag*, de que deriva el alemán *moegen* y el inglés *might*). Un órgano perfeccionado por el ingenio, una cosa con que se puede hacer algo con más fuerza o facilidad o mejor que con otra, gracias a su ingeniosa disposición, es pues una “máquina”. De allí que en el uso vulgar griego *όργανικός* significa lo mismo que “por obra de máquina”. “Órgano” es pues el género de la especie “máquina”.

Pero el medio –el órgano– tiene un fin, *τέκμωρ*, que es la obra. Para ello es menester hacer, y hacer sabiendo lo que se hace, en especial si se trabaja con máquinas, con artefactos de ingenio, con ingenios. Junto a la idea de órgano y máquina, tenemos pues desde el primer momento la idea de *τέχνη* (técnica).

La *τέχνη* es por lo pronto un saber que se opone a lo empírico –la experiencia–, pero que lo supone. Nace la técnica cuando de muchas observaciones de las experiencias se forma un juicio universal sobre cosas semejantes (Arist. 981 a 5-6), una ley, como diríamos ahora. Este saber general –como apunta Aristóteles– es por causas. La técnica, o arte en el prístino sentido, es lo que hoy llamaríamos saber científico, pero teniendo presente que tiene carácter de medio, que está encaminado a la realización de algo, ya sea práctica o poyéticamente. Técnica no es conocimiento por el conocimiento; y lo curioso es que este conocimiento interesado está a la base de la ciencia pura, y no está a la base de aquél.

Sólo se puede uno servir de un órgano si se conoce la técnica, es decir si se sabe de las causas que rige un proceso y que mediante el órgano han de ser

puestas en juego para alcanzar o perfeccionar la obra. Pero a su vez la técnica implica al órgano, tiende a convertirlo en máquina. Órgano, máquina y técnica son momentos inseparables, y ellos requieren del conocimiento causal (es decir, científico), del ingenio, y de una intención trascendente de realizar algo que los sobrepasa como fin. Este fin no se encuentra necesariamente en el plano material. Sin embargo, la máquina, como potencia creada por el ingenio, y por ello emancipada de la *psique*, tiende hacia lo material, y a través de esto a dos nuevos momentos: a) la posibilidad de manipular una máquina sin conocer el proceso que realiza y sin saber cómo lo realiza, es decir, a la técnica diminuta del mero manejo de la máquina, y b) el automatismo, en que el maquinismo alcanza una máxima perfección e independencia del hombre.

De este modo el órgano parece adquirir significación propia al bastarse a sí mismo encubriendo primero y abandonando después su fundamental función de medio.

Pero por otro camino el órgano alcanza también esta superación de su carácter ancilar: a través de los entes con vida. Todas las partes del cuerpo son —según Aristóteles— órganos del alma y existen en vista de la función que realizan (614 b 14). Al desaparecer, en el materialismo del siglo XIX, la idea del alma como rectora y sustancia del cuerpo, pasaron los órganos a constituir lo único real en él; y aquello que es la suma de los órganos, el organismo, se convirtió en el ente fundamental, en la unidad fundamentante de la multiplicidad orgánica.

El organismo vivo (conjunto de órganos cuya trascendencia psíquica se ha olvidado) y el organismo técnico (conjunto de órganos que por su automatismo adquiere autonomía) convergen hacia lo mismo: el organismo como fin. En ambos casos se debe ello a la supresión de la *psique* como punto de referencia del órgano: en un caso como forma sustancial del cuerpo, en el otro como esencia del hombre. El medio —por definición subordinado a una función o necesidad humanas— ha llegado a afirmarse como independiente del hombre o aun como fin del hombre, que en su esencia es el fin de toda acción terrena. Y esto es posible porque la asociación de medios que recíprocamente se refieren y remiten se ha constituido en fin.

Frente al órgano que se absolutiza, se ha conservado para el órgano que sigue en su función de medio el nombre de “instrumento”. En él tenemos aun presente que su fabricación y empleo tienen que ver con la *instrucción* propia de la *τέχνη*. El instrumento queda así en el plano del saber, mientras que el órgano se ha promovido al plano del ser.

Si de acuerdo con el significado del morfema *-izar*, queremos establecer lo que es “organizar”, diremos pues, que consiste en convertir diversos elementos en órganos, disponiendo sus funciones de tal modo que constituyan un organismo esto es un fin en sí, el más alto modo de ser. Y de

hecho se reconoce que la organización pertenece al plano de la creación. Hay algo de demiurgo en el organizador. Pero también esta transformación de medios en fines de una desnaturalización esencial, un entreverar esencias, y esto en griego es *διαβάλλειν*. En el organizador hay algo de diabólico. En él se cumple la profecía de la serpiente: seréis como Dios (Gen. 3.5) en su doble faz: grandeza y perversión.

“Organización” es “acción o efecto de organizar”. Y “organizar” –debería decir la Academia– es hacer órganos, crear organismos, y con ello destruir el orden de las cosas, anular la jerarquía de fines y medios, y romper la natural armonía de lo existente.

Organismos, no solo los hay materiales (sean naturales como los seres vivos o artificiales como los que se intentan producir buscando superar las barreras entre lo vivo y lo inorgánico); los hay sociales, comerciales y culturales; los hay, en fin, conceptuales, como la ciencias.

La organización ha llevado a tres fenómenos a que asistimos actualmente, y en que ella alcanza su cima:

a) La pérdida del dominio del hombre sobre el organismo creado por el, y el imperio de este organismo sobre el hombre. Trivialmente, podríamos preguntar si existe el *homo oeconomicus* para el banco o el banco para él. ¿No es la sociedad anónima más entidad comercial que la persona natural? En un momento de este siglo se comprobó que el hombre había perdido las riendas de la economía: ahora parece que las ha retomado, pero sólo gracias a la organización de un control del organismo económico. ¿Tiene el hombre en sus manos el organismo ciencia o el organismo ciencia al hombre en las suyas? ¿No ha sustituido el concepto organizatorio al concepto de bien común en los entes colectivos?

b) El voluntario sacrificio de la persona en aras de la organización de ellas. O dicho de otro modo: el hombre (esencialmente fin) se convierte en medio de la organización de hombres (esencialmente medios).

c) La construcción de hombres mecánicos con cerebros electrónicos capaces de fabricar a su vez máquinas semejantes a ellas (reproducción técnica) en que se solazan las descripciones futuristas. Aquí el organismo técnico se opone físicamente al organismo vivo. El organismo vivo ha prescindido de lo psíquico; ahora el organismo técnico prescinde del vivo, y de este modo se encara la posibilidad de una sociedad deshumanizada en el más estricto sentido de la palabra: la sociedad de los *robots*.

¿Cuál puede ser el resorte de este proceso de organización al que asistimos?

Organizar es lo mismo que racionalizar. Es decir realizar una vez por todas un acto de raciocinio ordenatorio para poder omitirlo en lo futuro en las circunstancias que normalmente lo requieren. Racionalizar tiende a suprimir

La organización

el uso de la razón en la indiscutida vigencia de la razón ¿No tiene este significado el esfuerzo racional de organizar o racionalizar el trabajo de una fábrica o de construir una máquina que efectúa operaciones matemáticas? Y lo extraño es que con la racionalización se alcanza más que con la razón misma. Y ello es así porque con la racionalización creamos órganos, y con ellos logramos mayor perfección, rapidez o facilidad que sin ellos en nuestra obra.

Al racionalizarla, la obra tiende a marchar independientemente de la razón que le dio el empuje: se hace organismo.

La organización es así la penetración de lo racional, evidentemente en lo no-racional, para emanciparlo del hombre, que a su vez es entendido como organismo emancipado de la *psique*. Esta emancipación es al comienzo sólo del saber, después del manejo, a la postre de su relación al hombre. Con ello la razón, que no es solamente una facultad anímica, sino un momento inasible pero fundamental del ser (por ello los griegos hablaban del *vovç* y Kant de la Razón en sí), busca prescindir del hombre: realizarse automáticamente después de haber usado al hombre como medio, como trampolín para su creación técnica absoluta. El hombre, después de haber cumplido su función inter-mediaria se hace superfluo.

La razón es atemporal, temporal es sólo el hombre, en cuanto se encamina hacia la muerte. En la creación técnica absoluta, en que todo está previsto por la razón, y todo acontece según su inicial decreto, no hay tiempo. La escatología llamaría a un estado tal, el final de los tiempos.

La organización es la marcha, en la que toma parte del hombre, hacia el fin de los tiempos.